

Yo (Dios conmigo) contra el Nihilismo*

Mariano RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
(Universidad Complutense de Madrid)

Se trata en el fondo de un discurso sobre *el inaudito poder de la creencia*—básicamente la creencia-en más que la creencia-que. Y es que sería la creencia, a diferencia del conocimiento, que es originalmente pasivo, la que *pone* al Yo, y la que *pone* a Dios. Y, al poner a Dios, creyendo, el Yo hace un don o un regalo de sí mismo, un *autosacrificio* por el que, paradójicamente, vendría a constituirse firmemente como tal Yo, es decir, un sacrificio que tiene como resultado la *gracia* (tanto habría de Yo cuanto de fe en Dios; la fe enriquece nuestra identidad, o en definitiva es lo único que la hace de verdad posible, justo al contrario de lo que protestaban Schopenhauer y Nietzsche, entre otros). Por “Dios” habría que entender no otra cosa que la idea de la bondad y la verdad: *nada* somos si no estamos comprometidos activamente con lo bueno y lo verdadero; la ética y la lógica como imperativos que dependen de nuestra libertad pero que hacen nuestra humanidad. Es el activismo absoluto de Weininger—la oposición de yo inteligible y yo empírico, la aventura continua que significa ser humano frente a la comodidad del sopor animal—lo que perfila de manera muy peculiar este concepto nuclear de creencia: la creencia, en el Yo, en Dios, no se puede demostrar por evidencias empíricas ni por razonamientos, y pedir semejante demostración sería propio no sólo de estúpidos sino además de criminales, porque con su demostración estaríamos ante una recepción pasi-

* Otto Weininger, *Sobre las últimas cosas*. Traducción, notas e introducción de José María Ariso. Madrid, Antonio Machado Libros, 2008. 246 pp.

va de la creencia, lo que contradice su naturaleza esencial. La creencia, para decirlo una vez más, es un regalo autoconstituyente que hace la persona que tiene valor, o voluntad de valor; una entrega de sí misma que haría surgir como tales al Yo y a Dios; que vienen a ser lo mismo porque el Yo no es sino Dios-en-el-hombre. En suma, lo activo puro sin huella de pasividad, de pasión terrenal; en los términos de Weininger, lo “masculino” (la “mujer” sería esencialmente sexo, mero yo empírico a redimir por la castidad del varón).

El texto de Weininger demanda ser atendido, sobre todo en los días que corren, pero no por quien gira una visita al zoológico, para satisfacer morbosamente su desmedida curiosidad en la selva de los monstruitos de la Viena de finales del XIX y comienzos del XX, época irrepetible, años espectaculares en el arte, la ciencia, el pensamiento, años que en definitiva y sin ninguna duda no son en absoluto los nuestros. Las palabras salvajes del jovencísimo filósofo servirían hoy de escandaloso contrapunto, sin ir más lejos, al catecismo naturalista que nos domina a todos con los prestigios de lo consabido incuestionable cuya vigencia sólo se refleja en nuestro impotente silencio sobre las últimas cosas, las cosas del fondo que ya no nos atrevemos a tocar, porque definitivamente parece que no se pueden tocar. O por lo menos *nosotros*, los pobres y tristes positivistas a los que se refería Michel Henry, no somos ya capaces de tocarlas. Y por eso mismo nos quedamos estupefactos cuando vemos cómo alguien, nada menos que un jovenzuelo a lo peor imberbe, y además judío y homosexual, que despótica contra las mujeres, los judíos, los homosexuales, un suicida medio loco que además iba a llevar al suicidio a cierto número de imitadores, uno que era políticamente incorrecto hasta extremos delirantes, se atreve a meter el dedo en tanta llagas con una desenvoltura y un desparpajo que hoy le hubieran llevado o al psicoterapeuta o a alguna secta más o menos destructiva. Weininger, en nuestros días, no hubiera tenido más remedio que callarse, o sumarse a los que van hablando solos por la calle con la mirada perdida.

El problema de un dualismo militante como el suyo es, para nosotros, si de hecho tan siquiera se entiende (o si lo podemos entender, que no tiene que ser lo mismo). Hubo muchos que, más o menos por aquella misma época, estaban pensando que la filosofía había encontrado por fin el camino seguro del conocimiento, como conocimiento de las ciencias naturales, es decir, experimentos y matemáticas, y átomos que se ensamblan o se disgregan, además de la verdad evolucionista, por supuesto. Y hay muchos que siguen pensando hoy que, como no conozcamos así, entonces realmente no conocemos, y que el Naturalismo no es una fe más, sino antes bien el principio filosófico que nos dice lo que sería conocer en sentido estricto. Eso de que el Yo se pone a sí mismo, y que sacrificándose creyendo pone a la divinidad, serían sinsentidos o trabalenguas. Eso de que la introspección nos revela la verdad evidente del dualismo, la “introspección” como único método de la filosofía y de la creación artística, deberá ser definitivamente expulsado como vergon-

zosa tentación por el imperialismo gnoseológico del principio naturalista. No llamemos “conocimiento” simplemente a sentir, y a sentir las cosas, a vivenciarlas, porque han sido las ciencias naturales las que nos han impuesto el patrón de lo que significa conocer, así nos ha marcado nuestra civilización científica, y con ello se habría cerrado el paso definitivamente a las más que dudosas evoluciones del desvarío dualista, en último término desenmascarado con la definitiva equiparación de creencia y superstición.

Pero Weininger, desde luego, supo enfrentarse antes que nosotros a tan poderosa refutación del creer, y enseguida se dispuso a convencernos de que la misma ciencia, la misma civilización científica, se fundamentaría en una fe, como tan bien había advertido aún antes Nietzsche, por ejemplo en *La gaya ciencia*, la fe en la verdad y en el valor divino de la verdad. Porque no hay ciencia como investigación de la verdad sin compromiso activo con la ética y la lógica, que no son demostrables en absoluto. Es decir, no hay ciencia sin la creencia básica en el Yo y en Dios. El yo que investiga no puede ser un caos de sensaciones *à la* Mach, tiene que ser un yo sólido, Dios en el hombre. Todo conocimiento científico que no se reduzca a mero negocio, a pieza en la gigantesca máquina de la producción de valor de cambio—o sea, todo genuino conocimiento—tiene que basarse necesariamente en la creencia. El Nihilismo, entendido como Historia de la Verdad, recordemos, no es sino el socavamiento de la fe en la verdad por parte de la veracidad a toda costa, es decir, el hecho terrible de que la fe en el Dios cristiano se nos haya hecho como tal *increíble*, por causa de una autoexigencia hipercristiana: la verdad ya no tiene valor, y la ciencia se autodestruye para quedarse limitada a negocio o producción industrial, a valor, sí, pero de cambio.

Weininger espera salvarse del Nihilismo definiendo la fe como entrega o donación, es decir, espera salvarse por obra y gracia del amor. Para él sería cuestión de vida o muerte poder quererse a sí mismo, o lo que es igual, ser capaz de creer en sí mismo, algo que se le representaba indisociable de la posibilidad de creer en Dios. Y su activismo ultrakantiano se imaginó que tanto el Yo como Dios se pueden poner simplemente creyendo, que la fe sería algo esencialmente activo, constituyente de su objeto. Pero la fe es siempre, como nos diría el verdadero creyente, “sólo” *una respuesta*, una respuesta que en último término depende de nosotros pero que no deja de ser, desde luego, de naturaleza “respondiente”. Y al final parece que Weininger fue un *desgraciado*, es decir, que para él no hubo ni tan siquiera posibilidad de responder. Por eso, tal vez, su suicidio: y es que, como él mismo decía, “el suicida pertenece al diablo”.

Por lo demás, lo que viene a resultar escandaloso a nuestros oídos es la obsesión del autor de ponerle nombres a lo negativo de la vida: el yo empírico, el criminal, el diablo, pero sobre todo la “mujer” y el pecado. En definitiva, todo lo que desmiente la divinidad de la acción pura o el ser, insistiendo en la insoportable pesadez

terrenal de la nada. En suma, todo lo que necesita conectarse funcionalmente a otro para extraer valor: el demonio no sería sino el vampiro que sólo puede vivir chupándole la sangre a Dios. Y el mal, por definición, es matar al creyente. *Si yo no soy, entonces que nadie sea.*

Espléndida esta edición española de *Sobre las últimas cosas* en la colección “Mínimo tránsito” de la editorial Antonio Machado; perfecto el trabajo de José María Ariso traduciendo y anotando un texto sin duda nada fácil. En su Introducción, que lleva el certero título de “Weininger o la exarcebación del imperativo categórico kantiano”, por si fuera poco lo anterior, se nos pone en contexto la obra, pero no sólo en su indispensable contexto histórico, sino sobre todo en el ámbito de la problemática irradiada por *Sexo y carácter*. No sé si la insistencia de Ariso en que consideremos *Sobre las últimas cosas* un simple apéndice de aquella obra cumbre de Weininger podría tener como consecuencia una lectura un tanto descuidada de aquélla, por restarle importancia, o bien el de encaminar al lector a leer ésta. Sea como fuere, contamos en la Introducción con una sinopsis de *Sexo y carácter* que puede resultar de gran utilidad a la hora de enfrentarnos con el escrito que aquí se reseña. Por lo demás, se nos pone en la pista de la poderosa influencia del pensamiento weiningeriano, una influencia que, para los interesados en filosofía, es especialmente digna de ser tenida en cuenta a la hora de estudiar a ese otro gran vienés que fue Wittgenstein. Resulta muy ilustrativo, por ejemplo, lo que se cuenta de su hermana Hermine, que declaró que, cuando tenía en las manos *Sobre las últimas cosas*, para ella era como si estuviera presente el propio Ludwig, hasta tal punto le llevaba a pensar en él el espíritu de los aforismos de Weininger. Algo menos comprensible, por último, encontramos nosotros la hipótesis de Ariso para explicar el suicidio de Weininger, en definitiva la mala conciencia que tenía de pertenecer al pueblo de Israel, “el pueblo que se opone a la voluntad de Dios”, como se lee en el último aforismo de este libro (pero la hipótesis de Ariso cobra verosimilitud si recordamos lo que Hitler pensaba de nuestro autor, que era el único judío digno de respeto precisamente por odiar a lo judío y odiarse a sí mismo). Aunque ya se sabe que no se pueden hacer muchas cábalas sobre lo que a otro, sobre todo cuando es tan ajeno a nosotros y a nuestro tiempo, le puede rondar por la cabeza.

Esta es sin duda una obra inagotable, que nos disemina en múltiples fragmentos de muy considerable riqueza, pensamientos además de una enorme capacidad de interpelación. Sin duda Weininger es un consumado maestro del aforismo, como cuando declara que sólo se cree, propiamente hablando, en uno mismo; de la misma manera que, si uno desconfía del otro, es, siempre, con la condición de que desconfíe de sí mismo. Pero esto no quita que todos los fragmentos graviten en torno a dos o tres centros muy determinados que los dotan de coherencia. La defensa de su radical dualismo es uno de ellos, una defensa que asume en ocasiones un giro sorprendente, por ejemplo al espetarnos que la mayoría de la gente no sabe nada del alma,

sencillamente porque lleva una vida carente de alma. Algo que de verdad da que pensar. Habría que decir también que hemos de guardarnos de formar la pretensión de entender totalmente a Weininger, no sólo porque puede haber en él muchos sinsentidos, de manera que esto sería de verdad tarea imposible, sino sobre todo porque, como él mismo atisbó, entender totalmente a una persona significa superarla. Pero para intentar entenderle en la medida de lo posible hay que tener en cuenta que encontramos aquí mucho de lo que podríamos considerar una de las inspiraciones originarias del Cristianismo, me refiero a la identificación del mal del mundo, del “pecado”, con la famosa voluntad de poder, o más precisamente la voluntad de dominio. Es decir, Cristo, o el ser humano perfecto, como el grado cero de la voluntad de dominio, y por eso el único en quien de verdad podemos confiar—una vez más la confianza y la desconfianza, la verdad y la mentira como juego capital de la vida humana. (El Dios cristiano sería en este sentido el único que no lleva puesta una de las innumerables máscaras de la voluntad de dominio, sería la verdad en definitiva.)

Otras cosas las hemos de dejar a un lado como muestras de una brillante especulación en un sentido casi poético, como por ejemplo, a mi juicio, la doctrina, de inspiración asimismo kantiana, del tiempo y el espacio como apariencias del Yo, doctrina que tendría mucho que ver, según lo que leemos, con la cuestión del sentido de la vida: ahí está el problema, que a Weininger tanto preocupaba, de la unidireccionalidad del tiempo. Y hay otras con las que uno no sabe muy bien qué hacer, como no sea saltárselas y seguir con la lectura (por ejemplo, el asunto de que el tiempo es el inconsciente).

En definitiva, una obra brillante e intempestiva a más no poder, y por tanto espectacular, que nos atrapa y nos escandaliza a la vez. Un eficaz antídoto para la indiferencia.